

La “clase política” y la gente



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

El lenguaje, a veces, también lo carga el diablo, como ocurría con las viejas escopetas caseras. De ahí la preocupación que suscita el lenguaje sesgado y plagado de implicaciones políticas que se está imponiendo en la sociedad española de la mano de influyentes medios de comunicación social.

La propia manera en la que se utiliza el lenguaje político enmarca, y condiciona, los debates que están teniendo lugar, propiciando unos conceptos que en el fondo y en la forma tienden hacia enfoques populistas y antidemocráticos.

Connotaciones políticas

El problema es que casi todo el mundo acaba por utilizar determinadas expresiones de fuerte carga peyorativa que encorsetan los mensajes, las reflexiones y los análisis políticos —incluso los mejor intencionados— en una dirección bastante precisa, alentando una confusión política y un malestar que cada vez recuerda más los tiempos aciagos que siguieron a la Gran Depresión. Con los efectos políticos que todos recordamos.

Hace unas semanas, dos prestigiosos Catedráticos publicaron en fechas consecutivas dos artículos en un periódico español de amplia circulación, en los que criticaban el linchamiento al que está siendo sometida la “clase política” (*sic*) española y se lamentaban de la proliferación de las descalificaciones genéricas a esa “clase política” (*sic*). Ambos acababan sus análisis recordando que existen muchos “políticos” (*sic*) honrados y que toda democracia requiere de “políticos” (*sic*). Es decir, también ellos estaban presos de un lenguaje que no refleja correctamente la realidad funcional —y plural— de la

democracia y que reduce a un común denominador el desempeño de determinados papeles sociales: el de los “políticos” o la “clase política”. ¡Qué horror!

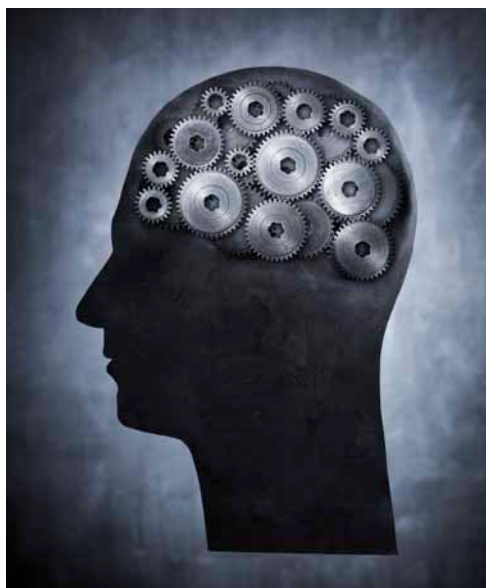
El retorno de concepciones políticas elitistas

Algunos de los grandes teóricos del elitismo político sostenían que en toda sociedad existe una “clase política” perfectamente diferenciada, que desempeña funciones superiores de dirección, al igual que la cabeza o el cerebro se ocupa de manejar y decidir cómo se mueven las manos, los brazos o las piernas. El símil orgánico a veces también se ha utilizado para ponderar determinados sistemas de estratificación social que, debidamente sacralizados, sancionan la manera en la que se organizan las sociedades en base a grupos y castas perfectamente jerarquizadas: los gobernantes, los sacerdotes, los guerreros, los operarios, las castas inferiores, etc.

Wilfredo Pareto y Gaetano Mosca —dos senadores vitalicios designados por el *Duce*— desarrollaron estudios bastante pormenorizados sobre cómo operan las elites de poder, cómo se produce la circulación de dichas elites y cómo en momentos de crisis determinados tipos de *clase política* son sustituidos por otros: *zorros* por *leones*, por ejemplo.

Retrotraer estos enfoques al mundo moderno es un auténtico disparate y una aberración política, que no hace sino cuestionar los fundamentos de una democracia seria y bien fundada, apuntando en una dirección contraria a la que ahora se necesitaría. Es decir,

hacia una cerrazón y regresión de la democracia, o hacia experiencias de orientación antipartido y antipolítica, como ocurrió en Italia hace unos años y en varias experiencias populistas y caudillistas en países poco maduros



democráticamente, por no hablar de las experiencias fascistas del siglo pasado.

¿Se puede hablar hoy en día, pues, de "clase política" o de "políticos", en general? Y, sobre todo, ¿se puede hablar de esto con un mínimo sentido de la responsabilidad y siendo conscientes de a dónde nos puede conducir tamaño torbellino conceptual?

Cuentan que una conocida figura política europea cuando llegó al aeropuerto de Nueva York fue abordada por una multitud de periodistas deseosos de recoger alguna declaración inicial de impacto. Cuando uno de ellos logró hacerse oír, preguntó: "¿Qué opina usted de los norteamericanos?". "No lo sé, no los conozco a todos" —respondió el entrevistado.

Lo mismo podría decirse de quienes desempeñan alguna función o tarea política o de representación. Si queremos ser serios y exactos habrá que empezar por reconocer que entre estas personas las hay de todo tipo y condición, predominando las que desempeñan sus tareas de manera tranquila y modesta, sin grandes alharacas. La gran mayoría con total honestidad y sentido del servicio público. Y, por lo general, con intención de no eternizarse en el desempe-

"Pero, anda, ¿y por qué los ciclistas?". "¿Y por qué los judíos?" —replicó el profesor.

Lo peor de esta reducción conceptual de los "políticos" y de la "clase política" a un común denominador es que no se discrimina a unos y otros por orientación política, ni se diferencia entre izquierdas ni derechas, ni nada por el estilo. Lo cual evidencia el fuerte sesgo ideológico que late detrás de tales intentos de mixtificación político-conceptual.

Desde luego, cuando se habla en serio hay que analizar las cosas con detalle y hay que ser capaces de discernir y distinguir entre unos y otros. No solo por sus ideas, sino también por sus vínculos económicos y por su manera específica de proceder y trabajar. Eso es lo que corresponde a una mentalidad moderna y racional. Lo contrario es propio de un pensamiento confuso, autoritario y primitivo.

Liderazgos arrogantes

Las responsabilidades sobre el pandemónium conceptual —y predemocrático— que se está propiciando están bastante repartidas, no faltando los líderes y responsables políticos que también están echando su cuarto de espadas a la confusión. Esto es lo que se hace, por ejemplo, cuando se utiliza un lenguaje dualizador extremo, impropio de una cultura democrática madura.

Por ello, causan sonrojo aquellos líderes tan altamente creídos de sí mismos que cuando hablan no saben salir del yo, yo, yo, yo. "Yo sostengo..." "Yo propongo..." "Yo postulo..."

Si pertenecen a un partido se supone que representan a un conjunto y que están trabajando en equipo. Por eso tendrían que hablar en términos de un "nosotros" y no de un "yo" tan pagado de sí mismo y tan narcisista.

El correlato del "yoísmo" se manifiesta cuando se reduce a los ciudadanos o a los electores a la condición genérica de "la gente". "La gente piensa —se dice— que tiene que..." O "la gente aspira a que 'yo'". "Tenemos que ocuparnos más de los problemas de 'la gente'... Tal generalización anónima supone un retroceso desde la idea moderna de ciudadanía —singularizada, entre otras cosas, con su derecho personal de voto— a la noción premoderna de "gente", es decir, un conjunto que tiene vínculos con un jefe, con una tierra o con un legado. ¿Quién es la gente? ¿Una masa indiferenciada y anónima que aparece al otro lado del "yo"?

¿Por qué no empezamos, pues, por cuidar un poco más el lenguaje y nos ponemos en serio a regenerar la democracia y sus procedimientos, empezando por el principio. Es decir, por el verbo. **TEMAS**

Cuando se habla de "clase política", se asume una concepción elitista y dualizada de la sociedad que puede acabar cuestionando la democracia y conducir a la antipolítica y el populismo.

ño de su representación. Una democracia en la que sucede esto es una sociedad sana y con posibilidades de futuro. En cambio, una sociedad en la que se denigra y sataniza la función de representación política de manera sistemática y recurrente es una sociedad condenada a que en ella prevalezcan los pillos y los aprovechados —a los que no les importa el servicio público, sino sacar tajada personal— o los salvadores de la patria, que están dispuestos a tomar el poder por métodos antidemocráticos. Y que, después, lo ejercen de manera no incompatible con lo anterior.

Chivos expiatorios

Lo que está ocurriendo, y el clima de sospecha y de incriminación generalizada de los "políticos", a los que se convierte en *chivos expiatorios* de prácticamente todo, cada vez recuerda más el chiste de aquel profesor que participaba en un debate en el que se sostenía que los judíos eran los culpables de todo. A lo que él terció añadiendo "los judíos... y los ciclistas". Y alguien preguntó: